

LA DESPEDIDA

por

Alfredo Ezequiel Marangone

Leticia abre la precaria puerta y sale de la tapera con dificultad. Camina por el reseco patio de tierra y se siente un poco oprimida por los enigmas oscuros de la madrugada. Todavía no se ve bien, pero igual junta hojas secas para encender el fuego. El olor a verde muerto que viene del desmonte cercano se mece en el aire con indiferencia. Leticia se sienta, cansada, y observa el fuego que le ha concedido cierto fulgor. Su mirada se pierde dolorida en el centro de la llama, justo ahí donde enceguece, donde parece danzar el fulmíneo portal de un destino inevitable. Amanece con displicencia. El jarro quemado lleno de fingido alimento descansa insensible sobre las llamas, que develan con una extraña luz carmesí el monte inhabitado para morir luego en la lejanía. Leticia toma el jarro tiznado y lo apoya en la mesa. Los pequeños abrigan la cándida ilusión de que recibirán alimento, mientras su madre intenta inútilmente ahuyentar las moscas extasiadas que disfrutan de un pedazo de carne medio podrida que, por una extraña gracia, un lejano vecino le había enviado de regalo.

Ya no queda otra cosa por hacer. Se prepara entonces, aunque con desánimo, para el largo viaje. Sólo desea llevar una mantilla, un frasco vacío de perfume y unas hebillas —cosas intrascendentes que fugazmente le recuerdan que es mujer. Los chicos presienten todo, pero no preparan nada, los trapos que llevan puestos y su pávida inocencia les alcanza y sobra.

Comienzan el largo camino, Leticia ya casi no

tiene fuerzas, pero ni siquiera piensa en ello. Mil tiempos arrastrando los pies bajo la sombra de los que lloran, mil tiempos por tierra colorada y ardua. El sol los funde en uno. Sin darse cuenta, llegan a la vieja estación del ferrocarril. Leticia se para con los chicos en el filo del andén, los abraza y ensaya cierta mirada impasible hacia donde suele venir el tren. Un viento que arremolina polvo los envuelve, los matiza, suaviza las formas. Los insignificantes latidos y el débil halo de las figuras inician la metamorfosis poco a poco. Luego, una multiforme y caprichosa expresión de colores plasman poco a poco una imagen.

Finalmente, sin que ellos lo supieran nunca, la quietud absoluta del lienzo y del óleo los exhibe ante la vanidad de los críticos.

Alfredo Ezequiel Marangone es Corrector literario por la Universidad del Salvador. Actualmente cursa el tercer año de la carrera de Letras en la USAL. Es integrante del equipo de *Gamma*.